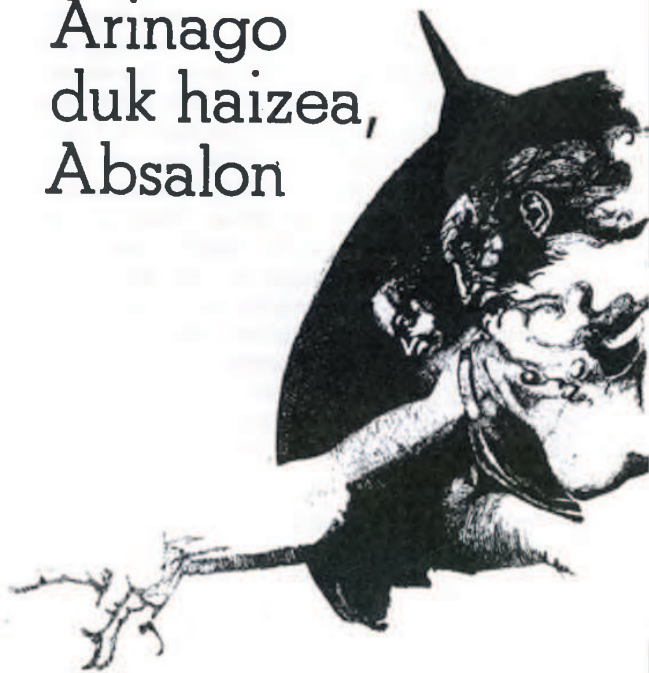


FELIPE JUARISTI

Arinago
duk haizea,
Absalon



LO QUE NOS DICE ABSALON

JORGE G. ARANGUREN

La felicidad puede llegar a ser más leve que el viento, más pesada que el plomo. La dicha, como la compañía de la mujer, el verdadero amor, la amistad o la muerte son temas que se cuestionan -sin esperanza de resolverlos, pero con la experiencia de sus vidas- un grupo de locos, o de iluminados (la locura pudiera ser un exceso de luz o de vitalidad: algo desmesurado que nos desborda), en la casa de salud donde la sociedad ha decidido arrumbarlos. Es ésta la carcasa que utiliza Felipe Juaristi (Azcoitia-1957) para envolver las peripecias de unos seres extrañados, desentrañados, que giran alrededor de su aventura como esas grandes mariposas en torno del candil, en las noches del campo. Giran y se debaten, y acaso el último sentido de su existencia sea ese bordoneo junto a la bujía, esa voluntad de dinamismo. Porque la abulia es una rendición, y con la rendición vendrá la muerte (quizás con unos ojos que nos amaron alguna vez, pero siempre con el pan del fracaso en su zurrón de andariego).

Estos locos de Juaristi han llegado a la locura por caminos distintos y espectaculares. Nunca lo pudieron evitar. Es un afecto, o un desamor, o la especulación intelectual, o una mínima codicia, o los rencores de la niñez lo que desordena la actitud de unos seres manumitidos por un fatum burlón (cuando no hostil). Poco importa que los personajes se enfrenten a su clímax en situaciones favorables o ya previstas; el destino los empujará -sin mucha saña, eso sí, aunque con aviesa e indeclinable intención- hacia las mazmorras transparentes que les han sido asignadas. Un poco como en aquel epílogo de Bergman y su *Séptimo Sello*, aparecen nuestras criaturas cogidas de la mano, aferradas a sus historias, caminando despacio hacia poniente. Su locura apacible es como el viento que revuelve sus ropas. Son fantasmas frágiles -clarividentes a todo ruedo-, conmovedores y siempre asidos a su memoria. Este retablo, con ser patético, no abruma al lector. Los enfermos aceptan su situación sin malos modos, en una convivencia casi ejemplar, sabedores de que fuera está la intemperie, la incompreensión y lo ajeno. "Se está mejor aquí", se dicen. Y "aquí" quiere decir ese lugar resguardado donde poder sosegar y recordar los ensueños, voltearlos una y otra vez, darles el hilo de una flaca esperanza. No obstante, y para que este horizonte no nos resulte excesivamente tenebroso, el autor recurre a unas historias desorbitadas, pero también divertidas. La peripecias de los internos nos sorprenden; caminan ellos por los filos del absurdo sin caer del todo en él, elaborando complicados subterfugios mentales para resolver su situación.

Sus argumentos son, muchas veces, impecables. El mundo de la locura y los ensueños que ésta nos ofrece no tienen por qué abolir la lógica, las especulaciones del intelecto, la dinámica de la razón y su despliegue juicioso. Estos hombres se mueven con coherencia dentro de un ámbito inestable, en un terreno sin referencias, precedentes o cualquier otro asidero. Su empeño en explicarse lo inconcebible les va a llevar -como apunta el autor- a unas nuevas e indomables formas de conocimiento (o de sabiduría). Lo arbitrario son las situaciones, no la ecuación para conjurarlas o acomodarse a ellas.

El humor -que va impregnando el discurso y es su elemento más funcional- actúa en la novela como un revulsivo para que el "precipitado" tenga las dosis de causticidad, ternura y verosimilitud que se ha propuesto el novelista. Como vermífugo, es saludable; como purgante, funciona. Pero se debe decir que, por encima de sus propiedades terapéuticas, esta novela nos lleva a pensar en nuestra humana condición y en el laberinto irremediable del que somos prisioneros. Complejo y casi irreal -en palabras del sabio Borges- el mundo es un ámbito resbaladizo donde difícilmente podemos escaparnos a cualquier género de despropósito. Una leve acentuación de ambas características y ya el absurdo nos abraza, nos contagia su tósigo, nos desarbola. El púgil edípico, el hombre bicorazonado, el jugador mentiroso, la esposa infiel y aventada, el medidor de conciencias, el testigo del ángel, el seminarista deicida son todos criaturas predestinadas a un infierno que, por voluntad del narrador, no nos parece demasiado horrible.

Felipe Juaristi, que mueve sus marionetas con una ternura muy elogiada, sabe que el humor es un buen recurso para salvar cualquier exceso. Por otra esquina, estas historias son ejemplares; desde el principio nos damos cuenta del afán sutilmente aleccionador de estas insólitas andanzas. El novelista conecta instantáneamente con el lector; deja que éste se vaya deslizándose por el hilo argumental, pero lo dosifica de tal manera que apetece volver sobre la página para no perdernos unas reflexiones atribuidas a los personajes y que pertenecen -claro está- a la cosecha propia. Otro mérito de este libro lo constituyen -precisamente- esos "aportes", que no sólo enmarcan y dibujan a los protagonistas, pero reflejan, de modo paralelo, la filosofía del autor. Asistimos a concepciones del amor, de la muerte, de la felicidad que nos hacen intuir una paternidad ajena, aunque se comparezca, sin embargo, con el espíritu de quienes las invocan.

Felipe Juaristi despliega en este libro una prosa dinámica, exenta de retórica, diáfana. (Recordemos que él maneja el castellano con igual soltura que el euskera - sus traducciones en la colección "Poesía Vasca, hoy", editada por la Universidad del País Vasco, lo patentizan-, y que este mismo libro, publicado en vasco hace dos años, se hizo merecedor al Premio Nacional de la Crítica). Además - y en cuanto a construcción- se evade de la trampa que significaría contar los episodios de modo independiente; así, la novela se hubiera convertido en una simple sucesión de relatos. Por fortuna, éstos se solapan, se yuxtaponen, van imbricados de tal guisa que constituyen una historia singular.

"Más leve es el viento, Absalón" es una novela astuta, muy bien urdida, personal y rigurosa. El lector va pasando páginas acuciado por el interés de la trama y, de manera simultánea, le va quedando el remusgo de una lectura más atenta. Una segunda lectura, más detenida, es algo que yo me atrevo a recomendar a los más ansiosos. Me lo agradecerán. Los personajes, sus anécdotas y las reflexiones que llevan como aparejo quedan largo tiempo en la mente del lector, con un sabor dulciamargo que tarda en desvanecerse. Libro al que se puede volver no solamente como ejercicio intelectual, sino para sabernos más cerca de aquéllos para quienes el mundo es algo insoslayable que los rebasa.

Como último apunte, habría que señalar la impecable traducción de Genaro Gómez y Manu López, la tipografía generosa y -cosa infrecuente- la casi ausencia de erratas.

Fin

Felipe Juaristi / Más leve es el viento, Absalón / Ed. VOSA / Madrid 1993

